



Universidad  
Nacional  
de Rosario

Facultad de Psicología  
Universidad Nacional de Rosario

Trabajo integrador final

**Una lectura de la melancolía en sus vínculos con el ideal del yo.**

Proyecto de investigación bibliográfica

**Autora**

Margarita Cavanagh

40316010

C-5746/1

**Docente responsable**

Andrés Palavecino

## **Agradecimientos**

A mi padre, por la transmisión del enigma.

A Lautaro, por los hallazgos que se producen en conversación.

A Eugenia, mi compañera de trabajo.

A Andrés y Jimmy, maestros y amigos.

A Edgardo, por su generosidad y el incesante trabajo por el psicoanálisis en la ciudad.

A la Universidad pública, por todos estos años.

## Índice

Resumen y palabras clave	3
Introducción	4
Primeros acercamientos: una existencia fuera del tiempo	6
La constitución del narcisismo y sus peripecias: un hallazgo fundamental	7
Caídos en la melancolía, el colapso de las distancias	8
Interrogando la identificación	12
Consideraciones finales	17
Referencias bibliográficas	20

**Resumen:**

El presente proyecto de investigación bibliográfica se propone indagar, mediante la lectura crítica de diversos autores, los vínculos entre los estados melancólicos y el ideal del yo en la obra freudiana. El objetivo que se propone es relevar, mediante una tesis panorámica, los distintos modos en que Sigmund Freud ha planteado dicho problema al interior de la teoría psicoanalítica. Para ello, planteamos como objetivos específicos de esta investigación; en primer lugar, recorrer los escritos freudianos que nos permitan describir y explicar cómo se fue delineando una concepción propiamente psicoanalítica de este estado; en segundo lugar, exponer cómo la novedad que supuso la introducción del concepto del ideal del yo condujo a la posibilidad de abordar las problemáticas narcisistas; en tercer lugar, analizar el estatuto que adquiere el ideal del yo en los estados melancólicos y sus consecuencias; y por último, considerar el problema de la identificación en dichos estados. La primera hipótesis que sostiene este proyecto de investigación es que en los estados melancólicos la pérdida del objeto no puede elaborarse al modo de un duelo por el valor narcisístico y auxiliar que el objeto tiene respecto al yo, en la medida en que proporciona formas de satisfacción indirecta a las expectativas del ideal del yo. La segunda hipótesis que se propone este trabajo es que el abordaje de dicha diferencia entre los estados melancólicos y el duelo nos permite indagar la dificultad de establecer en el yo una identificación que recorte un rasgo de lo perdido.

**Palabras clave:** Melancolía - Ideal del yo - Duelo.

## Introducción

El presente proyecto de investigación bibliográfica se enmarca en el Trabajo Integrador Final de la carrera de Psicología de la Universidad Nacional de Rosario, a la vez que encuentra su contexto de producción en el trabajo grupal que lleva adelante la investigación *Figuras de la tradición melancólica y surgimiento del sujeto moderno*, que forma parte de los Proyectos Cuatrienales PID-UNR 2022. El mismo se propone como uno de sus recorridos seguir la concepción freudiana del estado melancólico en sus vínculos con el ideal del yo, problema que aquí continuamos indagando.

La primera hipótesis que guía nuestro trabajo es que, debido a la importancia narcisística que adquiere el objeto —en tanto se hace soporte de la satisfacción del ideal del yo— su pérdida conlleva un derrumbamiento yoico que distingue al estado melancólico del duelo. La segunda hipótesis que se plantea el trabajo es que dicha diferencia permite analizar la dificultad para efectuar un recorte en lo perdido —ya sea un objeto de amor, o un ideal— que posibilite su incorporación en forma de rasgo. Puntos que permitirán, a su vez, iluminar de otro modo las áreas de indistinción entre dichos estados.

La materialidad textual de esta investigación está constituida por aquellos escritos en los que Sigmund Freud recorre y elabora el concepto de melancolía, así como el ideal del yo, de modo que nos permita realizar una tesis panorámica del problema. A la vez, recurrimos a diversos referentes teóricos que nos permiten apuntalar dicha lectura.

En primer lugar, comenzamos a explorar las primeras indagaciones freudianas con el *Manuscrito G*, texto de 1895 y por ende previo a la invención del dispositivo psicoanalítico tal como hoy lo conocemos. En él, se empieza a problematizar la relación de los estados melancólicos con el duelo y el dolor; puntos que encontrarán continuidad en la publicación de *Duelo y melancolía*, escrito indispensable en el estudio del tema que aquí nos ocupa, en 1917. Por otra parte, seguimos la novedad que supuso la introducción del narcisismo y, conjuntamente, la del ideal del yo en la teoría psicoanalítica, así como su relevancia en el abordaje de las problemáticas narcisistas. Por último, nos dirigimos a *Psicología de las masas y análisis del yo* para recorrer el problema de la identificación, y la forma en que duelo y melancolía, cada uno a su modo, lo ponen en juego.

Luego, para orientarnos respecto al ideal del yo y la configuración particular que adquiere en la melancolía, nos dirigimos hacia algunos escritos de Jacques Lacan que permiten seguir el desarrollo en el tiempo de los problemas formulados. Como un exponente contemporáneo, anclamos en la lectura de Cristián Vereecken la pertinencia del recorte efectuado, en tanto supone tomar la vía del ideal del yo, en detrimento de la versión más difundida; aquella que sigue los últimos desarrollos freudianos, que es la del superyó. Así,

hacemos énfasis en la abjuración que el autor postula respecto a dicha instancia, que conduce al colapso del yo.

Dentro de los exponentes del psicoanálisis en Argentina, seguimos el recorrido que Carlos Kuri propone para rastrear aquellas contradicciones que le posibilitan a Freud avanzar sobre la formulación de los estados melancólicos en su particularidad; a la vez, indagamos junto a Patricia Fochi las relaciones entre duelo, identificación y deseo.

Con este recorte no pretendemos desconocer la relevancia que en el tratamiento de la melancolía ha adquirido la vía del superyó. Dichas lecturas, que encuentran su fundamento en los últimos escritos freudianos —entre los cuales cobra importancia *El yo y el ello*, publicado en 1923, donde se introduce la polémica<sup>1</sup> afirmación que hace del superyó destino de “un cultivo puro de la pulsión de muerte” (Freud, 1979, p. 54)—, han sido retomadas fundamentalmente en los escritos post-freudianos —entre los cuales destacamos, por su relevancia, los aportes de Melanie Klein; especialmente en el abordaje que la tradición psicoanalítica Argentina ha hecho del tema<sup>2</sup>—. Sin embargo, en esta ocasión es de nuestro interés profundizar en el recorrido mencionado, para así relevar los efectos que dicho estado tiene sobre el yo.

## Objetivos

General:

- Relevar los vínculos entre el estado melancólico y el ideal del yo al interior de los escritos freudianos.

Específicos:

- Recorrer los escritos freudianos que permitan vislumbrar cómo se fue configurando una concepción propiamente psicoanalítica de la melancolía.
- Analizar las consecuencias de la introducción del ideal del yo en la teoría psicoanalítica y su relevancia en el tratamiento de las psiconeurosis narcisistas.
- Establecer el lugar que adquiere el ideal del yo en los estados melancólicos.
- Examinar los modos en que la melancolía permite interrogar la identificación.
- Identificar los puntos de continuidad y ruptura entre el duelo y la melancolía.

---

<sup>1</sup> Carlos Kuri argumenta que la resocialización de la moral vendría a rectificar la figura que hace del superyó destino de este “puro cultivo”, en tanto esta no puede pensarse desligada del componente erótico. Así, establece que: “La intervención de la pulsión de muerte siempre irrumpe como resta, como sustracción: la pulsión de muerte opera cuando desexualiza” (Kuri, 2010, p. 74).

<sup>2</sup> Tal como lo demuestra el libro *Psicoanálisis de la melancolía*, publicado por la Asociación Psicoanalítica Argentina en 1948. Referencia imprescindible para considerar la entrada de la problemática melancólica en nuestro país, retomada en numerosos artículos desde entonces.

## Primeros acercamientos: una existencia fuera del tiempo.

“Ya no puedo sostener la cabeza. Las piernas y los brazos me pesan, pero menos que la cabeza. Ya no es una cabeza, sino un absceso. El cristal está fresco.”  
Marguerite Duras, *El dolor*.

En 1895, período que no cabe denominar como propiamente psicoanalítico —anterior a la publicación de *La interpretación de los sueños* en 1900—, Freud trabaja ya en los primeros esbozos de lo que constituirá su concepción del estado melancólico. Aquí pone de relieve algunos problemas que serán retomados en 1917, en su conocido artículo, *Duelo y melancolía*. Si bien este primer acercamiento aparece formulado mediante figuras y términos que todavía llevan la marca de la neurología, se incluye ya aquí la sexualidad como centro y motor de la vida anímica.

Escrito en correspondencia con Fliess, en este manuscrito Freud releva la analogía del cuadro con el estado de duelo, que caracteriza como “la añoranza de algo perdido” (Freud, 1988, p. 240), con la diferencia de que en la melancolía la pérdida es “producida dentro de la vida pulsional” (Freud, 1988, p. 240). Y avanza en la formulación, estableciendo que esta “consistiría en el duelo por la pérdida de libido” (Freud, 1988, p. 240).

Para explicar el proceso por el que se arriba a este estado, y buscando modelos que permitan inteligir lo que aquí está juego, Freud construye un esquema que intenta dar cuenta de las condiciones en que esta afección se produce. Así, en esta instancia figura el recorrido que sigue la excitación sexual —susceptible de dispararse a partir de un estímulo en el mundo exterior— respecto al grupo psíquico que le da elaboración en la “frontera del yo”, así como la posibilidad de encauzar acción fuera de ella. Discierne, para la melancolía, dos posibilidades. O bien se produce una merma en la excitación, cuyo correlato sería la falta de afluentes energéticos en los grupos de representaciones psíquicas; o esta es desviada de aquellos dispuestos para darle tramitación, lo que tendría por resultado, además, la liberación de angustia.

Siendo la sexualidad aquello que proporciona el fundamento de la vida anímica, su privación representa una detención en el circuito, produciendo “un recogimiento dentro de lo psíquico” (Freud, 1988, p. 245). De esta constelación resulta entonces una “inhibición psíquica con empobrecimiento pulsional, y dolor por ello” (Freud, 1988, p. 244). Así, cuando luego la excitación es orientada hacia este lugar, agujero carente de representación, es sensación de dolor lo que se produce. Siguiendo a Freud, “la soltura de asociaciones siempre es doliente” (Freud, 1982, p. 245). Así, al modo de una

“hemorragia interna” (p.245), la vida anímica es drenada de excitación. Con ello, establece Freud, “en la melancolía el agujero esta en lo psíquico” (Freud, 1988, p. 245).

### **La constitución del narcisismo y sus peripecias: un hallazgo fundamental.**

DE ESTE AÑO

“una cantidad de notas en mi celular  
muchas empiezan con un nombre  
son cartas  
a veces las mando  
por whatsapp y telegram  
a veces me las quedo  
archivadas en mis notas de celular  
les quito el nombre ajeno,  
empiezan con una coma  
las cartas son para mí.”

Julia Levstein, lo contrario a un escondite  
de sombras.

En *Introducción al narcisismo*, escrito de 1914 que tiene lugar en el marco de una reafirmación del dualismo pulsional —allí donde las pulsiones son distinguidas según su meta, sea sexual o de autoconservación—, Freud introduce al yo como uno de los destinos posibles de la libido. Establece entonces que “nos vemos llevados a concebir el narcisismo que nace por replegamiento de las investiduras de objeto como un narcisismo secundario, que se edifica sobre la base de otro, primario, oscurecido por múltiples influencias” (Freud, 1979, p. 73). Hallazgo que prepara el terreno para volver sobre el problema que aquí nos convoca, con herramientas conceptuales que permiten ir ajustando el modo de formulación para pensarlo desde una perspectiva propiamente psicoanalítica.

Siguiendo el texto, Freud proporciona una indicación particularmente significativa, en tanto explica que:

Las perturbaciones a las que está expuesto el narcisismo originario del niño, las reacciones con que se defiende de ellas y las vías por las cuales es esforzado al hacerlo, he ahí unos temas que yo querría dejar en suspenso como un importante material todavía a la espera de ser trabajado; su pieza fundamental puede ponerse de resalto como «complejo de castración» (angustia por el pene en el varón, envidia

del pene en la niña) y abordarse en su trabazón con el influjo del temprano amedrentamiento sexual (Freud, 1979, p. 89).

Es decir, que aquellos obstáculos que atravesase el narcisismo originario encontrarán continuidad en el funcionamiento del ideal del yo; o, más bien, una segunda hipótesis es que es desde dicha instancia que podremos conjeturar las complicaciones que su constitución habrá atravesado.

Con la introducción de esta nueva instancia, Freud sitúa la marca que dejan las figuras parentales y modelos de autoridad dentro del yo, siendo esta “condición de la represión” (Freud, 1979, p. 90). Una de las funciones adjudicadas al ideal del yo es disponer el criterio con el que se mide el sentimiento de sí. Es decir, que el grado de satisfacción alcanzado en el yo dependerá del acercamiento al patrón establecido en él, y que este experimentará tensión cuando dichas instancias entren en discordancia.

Considerando el amor de objeto y sus repercusiones sobre la percepción de sí, Freud explicita que “el yo se empobrece en favor de estas investiduras así como del ideal del yo, y vuelve a enriquecerse por las satisfacciones de objeto y el cumplimiento del ideal” (Freud, 1979, p. 97). Luego, siguiendo la vía de la vida amorosa, Freud postula dos tipos de elección de objeto; una vertiente por apuntalamiento y otra que sigue el modelo narcisista. Esta última se caracteriza por prescindir del empobrecimiento yoico, propio de la sobreestimación sexual que se produce en el enamoramiento. Sin embargo, aquí Freud establece que este tipo de amor puede ser la vía por la que se resuelvan los requerimientos de otras funciones psíquicas, en tanto “el ideal sexual puede entrar en una interesante relación auxiliar con el ideal del yo. Donde la satisfacción narcisista tropieza con impedimentos reales, el ideal sexual puede ser usado como satisfacción sustitutiva” (Freud, 1979, p. 97). Dicha relación, fundamental para el presente trabajo, nos permite vislumbrar el valor que toma el objeto en la melancolía, y comprender el efecto de derrumbe psíquico que produce su pérdida.

### **Caídos en la melancolía, el colapso de las distancias.**

“Y luego se repitió: «Yo deseo su amor, y su amor ya no existe. Por lo tanto, todo ha terminado. Sí, todo; y es necesario que este final sea definitivo».”  
León Tolstoi, Ana Karenina.

En el marco de los hallazgos que la publicación de *Introducción al narcisismo* supuso para volver sobre el tema, Freud escribe en 1915 su famoso ensayo, *Duelo y melancolía*; obra que saldrá a luz en 1917. Avanza entonces sobre la conceptualización del estado

melancólico desde una perspectiva propiamente psicoanalítica, retomando como punto de partida su comparación con el afecto “normal” del duelo (Freud, 1979). En el dolor, el retraimiento y la inhibición que distinguen el estado de duelo, Freud observa dos operaciones fundamentales que lo constituyen como un trabajo de elaboración psíquica: la temporalidad que este arma y la sobreinvertidura de las huellas mnémicas que permite, en última instancia, desligar la libido del objeto.

Cuando se dirige a sopesar los rasgos que diferencian al estado melancólico observa un colapso del sentimiento de sí que caracteriza como angostamiento yoico (Freud, 1979), “consecuencia de ese trabajo interior que devora al yo” (Freud, 1979, p. 244). La pérdida que sitúa en este cuadro se le presenta de naturaleza “más ideal” (Freud, 1979, p. 243), y distingue su carácter inconsciente, punto en donde reside la dificultad.

Por la exhibición desvergonzada del malestar y la discordancia entre la persona y la crítica que esta se dirige, Freud sitúa en el yo la instancia afectada: “así, se tiene en la mano la clave del juicio clínico, si se disciernen los autoreproches como reproches contra un objeto de amor, que desde este han rebotado sobre el yo propio” (Freud, 1979, p. 246). Deduce entonces que se trata de acusaciones, que sólo secundariamente, “por virtud de un cierto proceso, fueron trasportadas a la contrición melancólica” (Freud, 1979, p. 246).

Para esclarecer lo que está en juego aquí, nos dirigimos a *La identificación. Lo originario y lo primario: una diferencia clínica*. En la tercera clase —*La noción de melancolía avanza por contradicción. Objeto del duelo, del amor y del deseo*— Kuri establece que:

*Se infiere una pérdida en el objeto pero declara una pérdida en su yo, entonces la pregunta es ¿de qué tipo es la pérdida en el objeto que hace que en lugar de una pérdida en el objeto se plantee una pérdida en su yo?; atendiendo además la expresión rara: «pérdida en el objeto» (López Ballesteros traduce «pérdida de un objeto»), como si algo en la dimensión del objeto se perdiera (Kuri, 2010, p. 70).*

De dicha construcción, Freud infiere que el amor debió haberse establecido sobre una base narcisista —es decir, con cierta fragilidad en la investidura, ya que reniega de la alteridad que esta que pone en juego; pero con una fuerte adherencia al objeto, por la significatividad yoica que este posee—. Retomando la hipótesis planteada en el apartado anterior, dicha relación es entablada en tanto satisface, por procuración, al ideal del yo.

La ruptura del vínculo supone que la libido vuelva al yo. Sin embargo, en este escrito Freud aísla para la melancolía la particularidad de que el objeto no se pierde, sino que se

retiene mediante identificación. Retomando lo planteado por Kuri, el trueque de amor de objeto por identificación deja aquí como resultado un sujeto despojado de relaciones libidinales, en diálogo consigo mismo. Ahora, carente del objeto que hacía de sostén, interesa preguntarse por el destino del ideal.

En *Introducción al narcisismo*, Freud había establecido ya la posibilidad de tomar al yo mismo como objeto; no solo de la pulsión sexual sino, además, por esta instancia capaz de juzgar sus movimientos, intermediaria en la regulación del sentimiento de sí. Siguiendo el texto, los conflictos que debieran resolverse en otro escenario —es decir, en la relación con el objeto— se continúan ahora al interior del yo. La identificación como sustituto del amor, operación que luego Freud extenderá como condición de toda resignación, llevará aquí a situar la melancolía como afección narcisista —en tanto conlleva una estasis libidinal—. Es que, según entendemos, importa considerar qué función cumplía el objeto al que esta toma relevo para dar cuenta del estado en que queda el yo.

Nuevamente, recurrimos a Kuri para desentrañar la nocividad de esta operación sobre el yo, en tanto afirma que:

La conocida expresión de Freud: «la sombra del objeto cayó sobre el yo», propuesta como uno de los pasos inmediatos para indagar esta contradicción, quizás dé una pista, esto es: si bien tras una ligadura de la libido a un objeto sobreviene la pérdida de ese vínculo, el resultado en este caso no consiste en investir un nuevo objeto, sino que la libido se retiró sobre el yo, en donde se produce una suerte de superposición, de *sobreimpresión del objeto sobre el yo*, que Freud llama identificación del yo con el objeto resignado, pero al caracterizar esta «identificación» inmediatamente como la «sombra del objeto que cae sobre el yo», a partir de eso el yo se confunde con el objeto y es juzgado y maltratado como lo haría con el objeto perdido: la pérdida del objeto se mudó, dice, en una pérdida del yo. Noten además que Freud señala que aquí el yo es alterado por identificación, enrareciendo la noción misma de identificación, constitutiva y enriquecedora del yo” (Kuri, 2010, p. 70).

Podríamos conjeturar que esta sobreimpresión del objeto en el yo, modo particular de la identificación que lleva al colapso, constituye una presencia negativa de lo que hasta entonces podía sostenerse como relación. Operación que, en lugar de sumar, resta —sin por ello entrar en la cuenta—.

Más adelante, con la publicación de *Psicología de las masas y análisis del yo*, Freud se dirigirá a indagar los problemas que surgen aquí, a raíz del proceso de identificación. ¿Qué tipo de identificación lleva al desmoronamiento del yo?, ¿por qué se produce esta

superposición, confusión con el objeto?, ¿tal derrumbe no indicaría, realmente, el fracaso en el establecimiento de la identificación?

Adelantándonos a dicha investigación recurrimos, una vez más, a *La noción de melancolía avanza por contradicción. Objeto del duelo, del amor y del deseo*, donde el autor sostiene:

Que se elija sobre una base narcisista indica, contradictoriamente podríamos decir, que algo no se constituyó del narcisismo y, que tras la dificultad, regrese a una identificación narcisista, no habla de la identificación secundaria, regresiva, al rasgo. Digámoslo de otra manera: cuando Freud explica el narcisismo a partir de la hipocondría, a partir de la parafrenia, a partir de la megalomanía para constatar e indagar la introversión de la libido, hay que entenderlo precisamente como un método de indagación que no hace de la hipocondría o la parafrenia ilustraciones de la estructura narcisista. Por la misma razón, la identificación narcisista de la melancolía no es narcisismo” (Kuri, 2010, p. 72).

Volviendo sobre *Duelo y melancolía*, Freud encuentra luego que, afectado por una dependencia que hace coexistir simultáneamente amor y odio en el vínculo con el objeto, la ambivalencia configura otra premisa del cuadro. Así, la confusión que aquí tiene lugar —como dificultad en la demarcación de límites entre uno y otro— conlleva que, mediante el martirio del que se hace víctima el melancólico, pueda satisfacer a su vez el sadismo destinado al objeto. Pero, entre el desasimiento y la conservación, con la pérdida es el yo el que sucumbe. Individuación paradójica la de la melancolía, que puede extremarse hasta la propia destrucción. “Así, en la regresión desde la elección narcisista de objeto, este último fue por cierto cancelado, pero probó ser más poderoso que el yo mismo” (Freud, 1979, p. 249).

Precisamente, Freud reconduce a su condición ambivalente<sup>3</sup> al hecho de que el conflicto que da lugar a dicho estado esté sustraído de la conciencia. Dividido entre el movimiento que llevaría a prescindir del vínculo, y la necesidad de él que subsiste, la

---

<sup>3</sup> Aquí interesa, a los fines de nuestro trabajo, retomar el concepto de ambigüedad que Bleger introduce en 1967, en *Simbiosis y ambigüedad*. En este libro el autor establece que se ha priorizado en las traducciones freudianas la ambivalencia sobre la ambigüedad, y nos indica que “si una ambivalencia subsiste sin promover conflicto, estamos, en rigor, frente a la ambigüedad” (Bleger, 1967, p. 270). Sobre ella, Bleger refiere que “es indiferenciación, que equivale a decir *déficit de discriminación y de identidad, o déficit de diferenciación entre yo y no-yo*” (Bleger, 1967, p. 167). De este modo, “la ambigüedad, como lo he dicho, se caracteriza fundamentalmente por falta de discriminación y coexistencia de términos o actitudes o rasgos que no están diferenciados entre sí, pero que no son necesariamente contradictorios, de tal manera que, para el sujeto, no existe contradicción, dado que esta todavía no ha entrado en juego” (Bleger, 1967, p. 179). Consideramos que dicha concepción resulta más provechosa para nuestra investigación, en tanto permite considerar la superposición con el objeto que aquí está en juego.

pugna que persiste en lo inconciente conduce a una resignación particular, en tanto devuelve la libido al yo en forma de identificación. Pero, ¿por qué es dicha operación sinónimo de aplastamiento del yo?, ¿qué es lo que se pierde con el objeto cuando este se ha hecho depositario de las funciones atinentes al ideal del yo? Siguiendo a Kuri, dicha resignación no resulta en una ganancia para el sujeto, sino un modo de descomposición del yo.

Luego, “tras esta regresión de la libido el proceso puede devenir conciente y se representa ante la conciencia como un conflicto entre una parte del yo y la instancia crítica” (Freud, 1979, p. 254). Considerando este desmoronamiento, cabe preguntarse, ¿qué falló en la constitución del narcisismo, que hace de este objeto su soporte? ¿por qué no hay recuperación de la pérdida?

Retomando lo postulado en el *Manuscrito G*, Freud insiste en la metáfora que hace de la afección melancolía una herida abierta: “atrae hacia sí desde todas partes energía de investidura (que en las neurosis de transferencia hemos llamado coninvestaduras) y vacía al yo hasta el empobrecimiento total” (Freud, 1979, p. 250).

### **Interrogando la identificación**

“Fue ahí cuando pensé que es en una habitación desconocida, por ser la más ajena, en el espacio siempre refractario de un lugar que no llegaremos a habitar del todo, es ahí donde podemos percibir con mayor claridad la verdadera naturaleza de nuestra existencia, y no en mi propia habitación, donde anhelaba estar en cada instante de mi viaje, al fin, abandonarme.”

Nathalie Léger, Sobre Barbara Loden.

En el séptimo capítulo de *Psicología de las masas y análisis del yo*, Freud se dirige a clarificar la naturaleza de la identificación involucrada en tantos procesos de la vida anímica, y que importa recorrer a fines de nuestra investigación. Así, la postula como “la más temprana exteriorización de una ligazón afectiva con otra persona” (Freud, 2013, p. 99), “antes de toda elección sexual de objeto” (Freud, 2013, p. 100). Como resultado de esta operación se establece un modelo que toma relevancia en el orden del ser.

Sin embargo, en el marco del complejo de Edipo, los afectos comienzan a complejizarse. Explica Freud:

Desde el comienzo mismo, la identificación es ambivalente; puede darse vuelta hacia la expresión de ternura o hacia el deseo de eliminación. Se comporta como un retoño

de la primera fase, *oral*, de la organización libidinal, en la que el objeto anhelado y apreciado se incorpora por devoración y así se aniquila como tal (Freud, 2013, p. 99).

Mediante la repetición de dicha incorporación el yo se va conformando, siguiendo alguna analogía con quien haga las veces de referencia.

Luego, desglosando identificación e investidura de objeto, Freud aclara que: “la diferencia depende, entonces, de que la ligazón recaiga en el sujeto o en el objeto del yo” (Freud, 2013, p. 100). Es decir que, ambos procesos —que el autor describe como “dos lazos psicológicamente diversos” (Freud, 2013, p. 99)— implican distintos modos de relacionarse con el objeto, sea que se lo erija al interior de sí, o sea que lo pretenda en la vida erótica. En este sentido, la identificación obraría al modo de una ruina, marca de una relación que permite reconstruir algo de lo que allí sucedió por lo que de ella permanece en el yo. Residuos que, en su composición, se complejizan, y van dando lugar a esta instancia que mediatiza las relaciones con el exterior. Así, una persona, su carácter, es fruto de una experiencia de vida singular y de la relación con sus antepasados; un modo de ser y estar con otros en el mundo.

Siguiendo el texto, y en el marco del complejo de Edipo, Freud releva los vínculos entre síntoma e identificación. En él, esta última puede implicar tanto “una voluntad hostil de sustituir” (Freud, 2013, p. 100) que se manifiesta “bajo el influjo de la conciencia de culpa” (Freud, 2013, p. 100) —donde mediante el síntoma se conserva el amor de objeto—, como una regresión que posibilita retroceder desde dicha investidura a la identificación. En esta adición, directa o indirecta, del objeto al yo, “la identificación es parcial, limitada en grado sumo, pues toma prestado un único rasgo de la persona objeto” (Freud, 2013, p. 101). Es decir, que la identificación implica ya el recorte de un rasgo que singularice al otro, que lo que introduce no es el objeto en su totalidad —lo que implicaría el aplastamiento—, sino un modo de sección del mismo, apto para ser acogido en el yo.

Bajo el modelo de la infección psíquica (Freud, 2013) Freud aísla otro tipo, con grandes consecuencias para la intelección de la vida anímica, que prescinde del marco de una relación. Introducción de una novedad que expande los horizontes de esta operación:

Aquí “uno de los «yo» ha percibido en el otro una importante analogía en un punto (en nuestro caso, el mismo apronte afectivo); luego crea una identificación en este punto, e influida por la situación patógena esta identificación se desplaza al síntoma que el primer «yo» ha producido. La identificación por el síntoma pasa a ser así el

indicio de un punto de coincidencia entre los dos «yo», que debe mantenerse reprimido” (Freud, 2013, p. 101).

Sitúa entonces un punto de coincidencia que da lugar al establecimiento de una comunidad. Operación que no evade el paso por el sentimiento de culpa, que nos vemos obligados a vincular con el establecimiento de la identificación.

Volviendo sobre la melancolía, Freud encuentra en el cuadro el intento de establecer, tras la pérdida, una identificación. Es la introyección del objeto en el yo aquello que posibilita la resignación libidinal. Sin embargo, podemos conjeturar que aquí el recorte no se produce, haciendo que todo el yo perezca. Retomando lo establecido en *Duelo y melancolía*, Freud sostiene que “la sombra del objeto ha caído sobre el yo” (Freud, 2013, p. 103). No hay ganancia de la pérdida, ni tampoco resignación. Aquí el objeto se lleva como un lastre, una carga que no se aligera.

Estas disquisiciones nos llevan a considerar a la melancolía como un estado que delata la imposibilidad de establecer el recorte necesario, de extraer del otro algo que se agregue al yo para, con ello, virar a otras búsquedas; allí donde la magnitud que toma el objeto —sea de amor, sea un ideal de vida— lo hace algo absoluto, fuera del tiempo. A falta de la posibilidad de armar con ello un síntoma —cuerpo extraño que permite el movimiento—, lo que se observa es un estado de detención, de inmovilidad.

Llegados a este punto nos apoyamos momentáneamente en el seminario sobre *Las formaciones del inconsciente*; donde, en 1958, Lacan establece que:

El Ideal del yo, por su parte, interviene en funciones que a menudo son depresivas, incluso agresivas con respecto al sujeto. Freud lo hace intervenir en formas diversas de depresión. Al final del capítulo VII de la *Massenpsychologie*, llamado “Die Identifizierung” donde introduce por primera vez de forma decisiva y articulada la noción de Ideal del yo, tiene tendencia a poner todas las depresiones en el registro, no del Ideal del yo, sino de cierta relación vacilante, conflictiva, entre el yo y el Ideal del yo (Lacan, 2016, p. 297).

Acto seguido brinda una aclaración de importancia para el presente trabajo, en tanto refiere que:

Esta función, con toda seguridad, no se confunde con la del superyó. Aparecieron casi juntas, pero por este mismo hecho se distinguieron una de otra. Digamos que en parte se confunden, pero que el Ideal del yo desempeña más una función tipificante en el deseo del sujeto (Lacan, 2016, p. 298).

Luego, retomando los vínculos entre síntoma e identificación planteados por Freud y que venimos desarrollando, Lacan prosigue estableciendo que:

Si una mujer dice *tozo como mi padre, o me abro paso con la barriga o con el cuerpo como él*, eso son elementos significantes. Más exactamente, para distinguir bien de qué se trata, los nombraremos con un término especial, porque no son significantes puestos en juego en una cadena signifiante. Los llamaremos las insignias del padre (Lacan, 2016, p. 302).

Insignias que, tras la salida del complejo de Edipo, cambian el estatuto mismo del deseo en juego en tanto que:

A partir del momento en que el sujeto se reviste con las insignias de aquello con lo que está identificado, y se transforma en la dirección de un paso al estado de signifiante, al estado de insignia, el deseo que entra en juego ya no es el mismo (Lacan, 2016, p. 302).

En adelante, las relaciones que el sujeto entable con sus objetos llevarán la marca de esta instancia tan singular, aquella que sostiene una distancia que, en su insatisfacción, posibilita otras búsquedas. Sin embargo, podemos conjeturar que en los estados melancólicos, algo de esta función entra en cortocircuito.

Concluyendo esta pequeña digresión, recordamos que en la última clase que imparte en el seminario sobre la angustia dictado en 1963, y refiriéndose a la melancolía, Lacan señala los efectos que dicha detención en la elaboración tiene sobre el deseo. Sostiene entonces que, si el ideal cae, este se hunde también (Lacan, 2006). Así, comprobamos la significatividad que adquiere el ideal como soporte de la arquitectura psíquica, en tanto instituye aquel margen que permite desear.

Volviendo nuestros pasos sobre el texto freudiano, encontramos que en el octavo capítulo, *Enamoramiento e hipnosis*, el autor sostiene que la represión trastoca las relaciones de objeto existentes al inhibir su meta. Este proceso, que da por resultado la idealización, puede generalizarse luego a otras figuras que excedan las parentales, siendo estas su primer modelo. Establecer esto:

Nos permite orientarnos mejor; discernimos que el objeto es tratado como el yo propio, y por tanto en el enamoramiento afluye al objeto una medida mayor de libido narcisista. Y aun en muchas formas de la elección amorosa salta a la vista que el objeto sirve para sustituir un ideal del yo propio, no alcanzado. Se ama en virtud de

perfecciones a que se ha aspirado para el yo propio y que ahora a uno le gustaría procurarse, para satisfacer su narcisismo, por este rodeo (Freud, 2013, p. 106).

Además, Freud establece que “contemporáneamente a esta «entrega» del yo al objeto, que ya no se distingue más de la entrega sublimada a una idea abstracta, fallan por entero las funciones que recaen sobre el ideal del yo” (Freud, 2013, p. 107). Entendiendo dentro de dichas funciones el establecimiento de una medida que permita relacionarse con los objetos —y en ese marco, fallar, pero solo para relanzar el circuito— se observa aquí un recubrimiento por el objeto que no deja margen al deseo. Este movimiento nos conduce a preguntarnos, ¿por qué establecer este tipo de vínculo?, ¿qué ganancia encuentra aquí el yo?

Avanzando hacia 1990, y en orden de orientarnos en este problema, nos dirigimos al escrito *El lugar del objeto y del otro en la melancolía*, publicado por Cristian Vereecken en el número de la revista *Imago* destinado a la melancolía. Allí, sopesando el funcionamiento del Nombre del Padre en la estructura, el autor se pregunta si corresponde considerar el estado que aquí nos convoca en el orden de las psicosis, en tanto “todo ocurre como si el melancólico solo fuese capaz de introyección en ocasión de un duelo” (Vereecken, 1990, p. 119). Responde entonces:

No lo creo: Pienso que el significante del Nombre-del-Padre ocupa su lugar en el orden simbólico en el melancólico, que ha sido introyectado normalmente pero que debido a un movimiento secundario y de orden simbólico, el sujeto ha renegado, abjurado de algunas consecuencias de esta introyección en lo que respecta —si puedo expresarme así— a su oficio de hijo. Dicho de otra manera, habría introyección del Nombre-del-Padre y concomitante rechazo de la identificación con el padre real y con su falo (Vereecken, 1990, p. 120).

Y, clarificando las complejas relaciones que en este estado adquieren el ideal del yo y el superyó —constituyendo, a su vez, una argumentación respecto al privilegio que esta última instancia ha adquirido en el estudio del tema—, sostiene que:

Además, la prevalencia del Superyo que se manifiesta a menudo con mayor discreción de lo que podría creerse pero con toda regularidad en estos estados, testimonia claramente que el orden de la ley ha sido constituido aun cuando se manifieste en su saliente más absurda. Por otra parte, si el Superyo aparece desnudo, es debido a esta abjuración que pone al sujeto en una posición de lo más precaria respecto al ideal del Yo, o mejor dicho, ya no tiene ideal del Yo. (Vereecken, 1990, p. 120).

Además, establece luego la importancia de aquellos soportes que puedan auxiliar en la vida psíquica, en tanto asevera que este “no está incapacitado para llevar a cabo las tareas más elevadas, siempre y cuando logre reencontrar en algún ideal fuera de lo común alguna cosa que lo saque de su estado” (Vereecken, 1990, p. 120).

Siguiendo la intuición freudiana, y volviendo al inicio del ciclo que termina —tras la decepción— en este duelo imposible de consumir, encuentra en el amor la posibilidad de restablecer el funcionamiento del ideal del yo. Indica entonces la estrategia que le permite reinsertarse en este circuito:

Se identifica con lo que le atribuye al otro respecto a las identificaciones simbólicas, vale decir, aquello que del otro le permita el acceso a un ideal del Yo. Dicho de otro modo, se precipitará fácilmente en hacer suyos los ideales del otro o lo que imagina que son sus ideales —con frecuencia muestra al respecto una lucidez poco común— (Vereecken, 1990, p. 121).

Volviendo sobre *Psicología de las masas y análisis del yo*, allí donde Freud se pregunta si la resignación del objeto es una condición necesaria para el establecimiento de la identificación, se arriba a una conclusión similar: “ya antes de entrar en el examen de este espinoso problema, vislumbramos que la esencia de este estado de cosas está contenida en otra alternativa, a saber: que el objeto se ponga en el lugar del yo o en el del ideal del yo” (p. 108). En este sentido, el establecimiento de una masa de a dos es susceptible de procurar una salida, simbiotizada (Bleger, 1967), del estado de melancolización.

## Consideraciones finales

27 de octubre

“Todo el mundo conjetura —así lo siento— el grado de intensidad de un duelo. Pero imposible (signos irrisorios, contradictorios) medir hasta qué punto alguien ha sido alcanzado.”

Roland Barthes, Diario de duelo.

Llegando al final del recorrido interesa detenernos a considerar aquello que emparenta estos estados al duelo, ya que a lo largo de este trabajo hemos recorrido los puntos donde se diferencian. Por ello, nos acoplamos a lo postulado por Patricia Fochi en

su libro *El duelo, la infición del mundo*, en tanto abona al trabajo de conclusión. Allí la autora establece que:

Los duelos son coyunturas especiales si podemos escuchar en su transcurso que no hay objeto alguno perdido “preexistente” que garantice una operatoria psíquica en la que una ausencia se escribirá como pérdida. No coincidimos con las versiones pululantes en nuestro ámbito acerca de las pérdidas consideradas como “actualizaciones” de otras “constitutivas” que ya se produjeron; y que juzgan las reacciones ante las pérdidas como “dependientes de la disposición estructural respecto de la falta instituyente”, al modo de una cobertura perdidosa con la cual la experiencia del duelo extraviaría su relevancia porque lo importante ya se jugó en otro lugar. Es curioso que podamos teorizar rechazando el accidente, el desastre, la sorpresa, lo imprevisto de las pérdidas que ponen en jaque cualquier forma de estabilidad que se presuma como tal. No hay devenir prefigurado del duelo. Tampoco una pérdida es igual a otra (Fochi, 2021, p. 30).

Lectura que va a contrapelo de la pretensión de una separación limpia entre un estado y otro. Aquí el duelo se vuelve un terreno pantanoso, y la salida no está definida de antemano. De este modo, consideramos que habrá quienes ante diversas situaciones respondan a las heridas con una melancolización; sea esta momentánea o que tome la vida entera. Como indicamos, la detención se produce cuando la extracción de un rasgo que inscriba al interior del yo algo de la relación que allí aconteció, se encuentra dificultada. Operación que posibilitaría encontrar otra continuidad en la existencia del síntoma.

Para seguir ahondando en la distinción que las hipótesis ponen en juego recuperamos la cita del *Seminario 6* que la autora trabaja, indicando que:

Se trata de cómo se constituye el objeto en calidad de perdido. “Nos dicen que, si el duelo tiene lugar, se debe a una introyección del objeto perdido. Pero para que este sea introyectado, tal vez haya un prerequisite, a saber, que esté constituido en calidad de objeto” (Fochi, 2021, p.39).

Aquella dimensión objetal que, con Kuri, declaramos enrarecida; consecuencia de una confusión que obstaculiza la construcción de alguna diferencia.

Luego, volviendo sobre la dificultad en que nos encontramos, Fochi agrega que en el duelo “lo que se “recupera”, si el objeto se vuelve imposible, es la posibilidad de la articulación del deseo, es decir, de ese intervalo que abre el camino de la sustitución para que una nueva perturbación articule la vida” (Fochi, 2021, p. 40). Y más adelante indica

que “al leer la identificación y la regresión en Freud, Lacan afirma humorísticamente que un sujeto «es [por identificación regresiva] *lo que ya no se tiene*», y llama a a lo que ya no se tiene” (Fochi, 2021, p. 83). Estructura que estrecha los vínculos entre duelo y deseo, no sin el establecimiento previo de una identificación.

Finalizando el trabajo, recurrimos una vez más a *La identificación. Lo originario y lo primario: una diferencia clínica* —en esta ocasión, a la cuarta clase: *Hamlet y el duelo por el falo*—, donde Kuri proporciona un horizonte al trabajo analítico:

¿Cómo se construye un objeto de duelo? La construcción de un objeto de duelo nos conduce a la identificación, a la incorporación del objeto, al escenario del yo, como también a las preguntas sin destino clínico en ese terreno: «¿quién soy?», «¿qué perdí?». A partir de las preguntas y el conflicto se abre la dimensión clínica: la pregunta por lo que perdí se encuentra en la dirección, como estructura de pregunta, de la dimensión tensa del deseo (Kuri, 2010, p. 98).

Resta decir que su inscripción está en el horizonte del trabajo analítico, allí donde la apuesta es a recobrar el movimiento del deseo.

## Referencias bibliográficas

Bleger, J (1967) *Simbiosis y ambigüedad. Estudio psicoanalítico*. Buenos Aires: Editorial Paidós.

Freud, S. (1988) *Manuscrito G. Melancolía*. En *Obras completas, Vol. I* (pp. 239-246). Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. (1979a) *Introducción al narcisismo*. En *Obras completas, Vol. XIV* (pp. 65-98). Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. (1979b) *Duelo y melancolía*. En *Obras completas, Vol. XIV* (pp. 235-255). Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. (1979c) *El yo y el ello*. En *Obras completas, Vol. XIX* (pp. 1-66). Buenos Aires: Amorrortu.

Freud, S. (2013) *Psicología de las masas y análisis del yo*. En *Obras completas, Vol. XVIII* (pp. 63-136). Buenos Aires: Amorrortu.

Fochi, P. (2021) *El duelo, la infición del mundo (falofanías, espectros, marionetas, visiones, sueños, reliquias)*. Rosario: Otro Cauce.

Kuri, C. (2010) *La identificación. Lo originario y lo primario: una diferencia clínica*. Rosario: Homosapiens.

Lacan, J. (2016) *El seminario de Jacques Lacan, libro 5: Las formaciones del inconsciente*. Buenos Aires: Paidós.

Lacan, J. (2006) *El seminario de Jacques Lacan, libro 10: La angustia*. Buenos Aires: Paidós.

Vereecken, C. (1990) *El lugar del objeto y del otro en la melancolía*. En *Imago N° 13. Revista de psicoanálisis, psiquiatría y psicología*. Buenos Aires: Letra viva.